

Reflexiones sobre «Los Soles Truncos» de René Marqués

Por LOREINA SANTOS SILVA

Luego de leer «Los soles truncos» he estado reflexionando sobre cómo manejar el texto en sus posibilidades analíticas. Primeramente, he pensado en esos «soles truncos» que en un tiempo fueron diáfanos como el alma de las jóvenes Inés, Hortensia y Emilia, antes de que el conflicto amoroso envenenara sus vidas, sedimentando en ellas el polvo de los celos, el orgullo, el rencor, la arrogancia, la frustración, los complejos..., así como el polvo, a partir de la problemática vital de estos seres, se va sedimentando en los soles de las puertas impidiendo la entrada de luz: diafanidad física. Nos situamos ante una luz que no se realiza porque en vano trata de penetrar «soles truncos» en el aspecto físico y espiritual.

Inés, Hortensia y Emilia son tres seres suspendidos en un momento en el tiempo en que han sido heridas por el amor a un mismo hombre: el Alférez, y que comprenden lo imposible que es realizarse un amor en tres corazones unidos por sentimientos filiales, y separados, a la vez, por los celos de Inés, la arrogancia y el orgullo de Hortensia, y los complejos heridos de Emilia. La obra recoge a estos tres seres envueltos en la red de su problemática sicológica.

No puedo aceptar, como otros críticos, que esta obra sea pri-

mordialmente de tesis política comprometida con nuestra causa. ¿Y el caso de Estrasburgo? Indudablemente el aspecto político puede ser proyectable a cualquier país en igualdad de condiciones. Pensemos, aunque sea por un momento, que los griegos, sometidos a los turcos por casi cuatrocientos años, no dejaron de ser griegos. Lo que sucede en esta obra es que paralelamente al conflicto psicológico de estos tres seres, se hace obvia nuestra situación política. Mas no podemos olvidar que la trascendencia de la angustia vital en que ellas se desviven, percibida, no experienciada en el transcurso de la obra, y por ende, controlada por el grado mayor o menor en que nos afecte su sugerencia (estupendo manejo de la técnica sugestiva) es lo que le da a la pieza, esa cualidad irradiadora de fibras universales.

Aceptemos, pues, que en el trasfondo de la angustia psicológica vital de ellas, aparece la angustia de un pueblo diáfano (aparentemente) antes de la llegada de los americanos y un pueblo lleno de incertidumbre a partir de una incursión foránea a la que el tiempo nos hace, inexorablemente, sucumbir. Es más, se puede decir que supeditada a la intención férrea de estas criaturas a no perder los lazos del pasado, porque el pasado las define puras y en el presente se desvirtúan, se da la intención (implícita) de un pueblo asido a la tradición, que insiste en no desvirtuarse. Ese no querer vivir sometido a los cambios del tiempo es algo paradójico porque el pasado debe ser la base del presente y en la conciencia del presente podemos, alertamente, proyectarnos al futuro. Es preciso que proyectemos lo esencial nuestro aunque nos invadan los chinos.

No hay duda que en algunos momentos el asunto político se nos hiergue como cuando se habla de destruir el «istmo» que une los dos mundos; pero ellas no consideran el aspecto político del «istmo» sino el «ayer» y el «hoy» en términos de su angustia vital.

Es, además, curioso que estas mujeres no quieran compartir el conflicto íntimo, plasmado en las paredes de un hogar sólido en vivencias, con unos seres que no lo comprenderían... ¿Apunta a dos culturas que no se comprenden...? En el suicidio de ellas podríamos ver entonces, un intento heroico de purificación psicológico-política. Pero si este suicidio es sintomático del destino de nuestro pueblo, habría que retroceder en el tiempo al famoso «gesto numantino» y salvarnos como ellos en una trayectoria histórico-estética. No creo que el autor sea tan pesimista. A menos que esté tratando de sublimarnos por vía del arte. Es posible que ese

gesto de purificación responda únicamente al ansia de curación de unas llagas psicológicas y al ansia de protección de las vivencias de unos seres, que en un momento dado, quizá demasiado tarde, comprenden el error de sus vidas incumplidas. Saben que no se proyectaron en el amor; que no habrá hijos que protejan sus vivencias y que sólo las llamas podrían destruir unas huellas, que de otro modo, quedarían, irremisiblemente, en el ámbito de la casa de la Calle del Cristo. Era preciso que su tiempo no fuera rescatado y moldeado por un tiempo nuevo. Ellas, a costa de todo, retendrían el momento del «traje azul». Por esto, en el momento de purificación, Emilia quiere que Hortensia vista su «traje azul»; pero el dominio de Inés sobre la voluntad de sus hermanas se impone. Hortensia viste sus galas de novia; pero a través de los soles penetra el azul que le da la aureola de la belleza de los diecinueve años, la aureola del azul de ensueño en que le sorprendiera el amor.

En el desarrollo paralelo de los dos conflictos, el tema del tiempo es preeminente. Se nos da en varias vertientes que recogen la problemática de ellas, las inquietudes socio-políticas y algunas intuiciones filosóficas del autor.

Nos enfrentamos a un tiempo feliz anterior a la llegada de los americanos y a un tiempo bárbaro e infeliz posterior a su llegada, que deja sentir los efectos en nuestra circunstancia como pueblo y en cierta medida (soledad, abandono, ruina) en la circunstancia de ellas. Es preciso aclarar que ellas, en su empeño de negarse a los contactos con el mundo externo, van perdiendo la noción de la lucha auténtica vital. La angustia las enajena y las consume.

Nos enfrentamos a un tiempo que va destruyendo, paulatinamente, el mundo físico y espiritual y que percibimos en la vejez y decrepitud de ellas, en la ruina de la casa, en el decoloramiento de los muebles, en las cuerdas del piano que revientan, en la pérdida de la hacienda... y afuera... en los cambios socio-políticos. Pero ya hemos dicho que a ellas no les interesa el mundo del exterior:

«Pero nosotras no vivimos en el mundo de afuera...»

Ellas sólo quieren apresar la masa incólume de aquel momento en el palacio del gobernador, clímax vital y estético que se repite en el momento en que la caja de Hortensia es trasladada a la sala, para de nuevo, las tres juntas, como entonces, revivirlo y extinguirlo.

Nos enfrentamos ante el constante rechazo del tiempo. Las tres puertas ofrecen resistencia al tiempo del exterior. Inés, Hortensia y Emilia no sólo responden simbólicamente a los «soles truncos», sino también a las tres puertas:

«La verdad es que las tres puertas se cerraron cuando Hortensia dijo No a la vida...»

Ellas, las puertas, han dejado de cumplir sus funciones esenciales. Como las tres mujeres, se niegan a cumplimentarse en los derroteros normales del paso del tiempo.

Nos enfrentamos ante un tiempo fugaz e imperceptible cuando la vida se llena de esperanza y de ensueño. En el momento en que Hortensia fue solicitada por el Alférez:

«El tiempo apenas transcurría...»

La euforia nos enardece y en ella el tiempo se nos fuga. Quizá sea por eso que Hortensia quiera retener las joyas. Las joyas pertenecen al tiempo de la euforia y la alegría. El tiempo que ha sido alargado por el dolor, en la contemplación de ellas, se sublima.

Nos enfrentamos ante el tiempo que se reitera en las costumbres, recogido en el pregón:

«¡Malrayos, polvo de amor, besitos de coco...»

pero esa reiteración externa se transforma en la problemática psicológica de Emilia y el tiempo le juega una mala pasada porque en su:

«¡Malrayo de amor y besos de hiel y polvo del tiempo...»

se reiteran los estragos temporales de su mundo interno.

Nos enfrentamos ante un tiempo casi imperceptible, el que va recogiendo la frustración humana en los versos. Y comprendemos que en la actividad de Emilia la cruz ha sido tal vez más llevadera porque en el «cofre de sándalo» ha ido vertiendo el dolor de ese:

«pie de fauno sobre una palabra: amor...»

Estas tres mujeres, encausadas por la vara mágica del amor

en el camino de los celos, el rencor, la arrogancia, crecen en el dolor, el sacrificio, el sentido purgativo de la culpa, hasta hacerse seres esféricos que nos proyectan su angustia. Se van desdoblado, ante nosotros, haciéndonos partícipes del mundo que tan celosamente reguardan y que a la vez nos transparentan.

A través del diálogo, las alucinaciones, la meditación retrospectiva, el efecto del doble ambiente en ellas y viceversa, vamos viviendo la red psicológica que las desarrolla y las arrastra a la muerte.

El mundo envolvente de los sentimientos síquicos que las posee y el mundo físico externo que lo cumplimenta: el piano, el sillón Luis XV, los soles truncos, las puertas cerradas... se nos hace palpable y familiar.

Esos dos tiempos, el interno suspendido en el pasado histórico-síquico y el externo, causando estragos en todo lo que toca, atravesando, inevitablemente, los umbrales herméticos de la casa para dejarse sentir en la decrepitud de los seres y las cosas, nos son ampliamente comprensibles.

Toda esta problemática se nos da en un día interminable que nos produce una sensación de vejez, frustración y cansancio y como Inés, Hortensia y Emilia, sentimos un deseo de purificación.